

## DILEMAS LABORALES Y SINDICALES

Ronaldo Munck

Ronaldo Munck: profesor investigador del Departamento de Sociología, Política Social y Sociología Laboral de la Universidad de Liverpool.

Palabras clave: trabajo, sindicalismo, internacionalización, movimientos sociales.

### Resumen:

Al igual que otros sectores, los trabajadores y sus organizaciones se enfrentan a un futuro incierto a medida que se acerca el final del siglo xx. En una era en que, como Marx solía decir, «todo lo que es sólido se disuelve en el aire», lo que otrora fuera una profesión de fe para el movimiento laboral ahora es fuente de dolorosos dilemas. El propósito de este artículo es realizar un amplio estudio de estos «nuevos tiempos», en la medida en que inciden en la forma como la gente trabaja o no puede trabajar en el planeta. Es menester examinar también las diversas teorías nuevas, que aparentemente explican tales cambios, y graficar sus posibles direcciones.

La fuerza laboral no ha guardado silencio y ha lanzado ciertas alternativas que difieren de las viejas formas de sindicalismo económico y político, a saber un sindicalismo tipo movimiento social. En la sección final de este trabajo se analiza en qué medida las «viejas bote llas» de los sindicatos y las demás organizaciones laborales tradicionales pueden aceptar el «nuevo vino» de las estrategias alternas. En este sentido, resulta interesante destacar el reciente llamado del que una vez fuera firme bastión de la ortodoxia, el TUC británico (Congreso de los Sindicatos Obreros) para que se aprenda del «nuevo sindicalismo» del periodo 1880-1890. A mediados de 1996, John Monks, líder del TUC, declaró que si los sindicatos británicos querían romper con un ciclo de 17 años de influencia y afiliaciones cada vez más reducidas, tenían que rescatar el espíritu de los años 1880-1890, los movimientos en pro de los derechos civiles de los Estados Unidos y la memoria del mítico líder sindicalista Joe Hill (*The Guardian*, 19/6/96). Es posible que el concentrarse en el empleo femenino y a medio tiempo, en los puestos de trabajo pequeños y en los empleos técnico-profesionales y del sector servicios como base del crecimiento sindical no delinee un «nuevo modelo de sindicalismo» para la década de los 90, pero sí parece indicar un reconocimiento de la crisis del sindicalismo convencional, objeto de examen en este artículo.

Nuevos tiempos

Para el fin del siglo XX son muchos los que predicen el virtual «colapso del trabajo». En sus diferentes variantes (Rifkin; Aronowitz/Di Fazio), esta perspectiva prevé una disminución constante de la población trabajadora y, por consiguiente, el debilitamiento, por no decir la falta de pertinencia, de los sindicatos. Para tener una mayor certeza acerca de las perspectivas futuras es preciso recurrir al informe del Banco Mundial sobre «Trabajadores en un mundo en vías de integración». Allí se reconoce que las vidas de los trabajadores urbanos de las diferentes partes del mundo están cada vez más interrelacionadas. Su llamado es para que aumenten las inversiones y el comercio internacional y disminuya la intervención del Estado como panacea para todos nuestros males. El Banco Mundial (p. 6) reconoce que «a corto plazo, los trabajadores suelen sentir los efectos dolorosos (de las medidas de ajuste estructural) a medida que se reduce el salario real, aumenta el desempleo y el empleo se desplaza hacia actividades informales». La brecha entre clases sociales y naciones ricas y pobres aumentará, aunque la reestructuración del empleo se considera inevitable y sus costos sociales se ven manejables. Ahora bien, es evidente que los procesos descritos no ocurren a partir de un imperativo tecnológico ciego, sino que responden al impulso de fuerzas políticas y sociales identificables. La fuga de capitales, por ejemplo, no constituye «una realidad de la vida» (Banco Mundial, p. 62) que no puedan resolver en modo alguno ni los trabajadores ni los gobiernos. La regulación de los mercados internacionales es tanto posible como deseable. Lo que sí refleja el informe del Banco Mundial en relación a los trabajadores de todo el mundo es la ausencia de cualquier tipo de economía política alterna progresista y coherente a nivel nacional y, mucho menos, a nivel internacional.

El capitalismo tardío ha llegado a estar caracterizado centralmente por una invitación concertada a la «desregulación», es decir a la vuelta de la intervención del Estado en los asuntos económicos y sociales. La transformación de las vidas de los trabajadores ha tenido una dimensión tanto objetiva como subjetiva. A nivel estructural, los cambios experimentados por el capitalismo a nivel mundial y que empezaron a arrancar en los años 80 condujeron a una creciente diferenciación de la fuerza laboral. La naturaleza de los empleos se volvió más heterogénea y la clase trabajadora sufrió una desagregación. El final del fordismo, percibido como símbolo del capitalismo en su mejor época, trajo consigo cambios de gran envergadura en la forma de producir, distribuir y consumir los bienes y servicios. La producción fordista se contrasta a menudo con la «especialización flexible» de, por ejemplo, la empresa Benetton, que combina de una manera peculiar la nueva tecnología y el «viejo» sistema de poner a alguien fuera del esquema laboral. Por supuesto, hay que cuidarse de una diferenciación fordista/posfordista simplista. Como lo señalan Williams et al., una simple «oposición entre producción en serie y especialización flexible es impracticable porque no pueden identificarse instancias empíricas; (esta) metahistoria es contradicha por el caso de Ford y suprime la historia ulterior de las industrias de montaje; (el) análisis de las tendencias del mercado y la nueva

tecnología no es convincente; y (la) opinión acerca de hacia dónde puede conducirnos la especialización flexible es irremediablemente romántica» (p. 438). Por encima de todas y cada una de las críticas específicas, los analistas han usado la idea de posfordismo como una manera imaginativa de conceptualizar lo que le podría deparar el futuro a la fuerza laboral.

Una variante de los temas antes señalados es la de la «japonización», término que usan los analistas para referirse a esa combinación supuestamente única (Dall) de métodos de trabajo como «producción magra» y «justo a tiempo» con el *etos* de una compañía. A veces, esto es elevado a un análisis universalista como en el caso de Kenney y Florida (1993), quienes consideran que las firmas japonesas están creando un nuevo modelo de trabajo basado en la «producción mediada por la innovación» en el que el conocimiento de todos los empleados es movilizado para mejorar en forma continua el proceso de producción. En cambio, otros autores han buscado «problematizar tanto el grado de difusión de este enfoque como la relación en proceso de evolución que existe entre tales innovaciones y los contextos sociales y económicos más amplios» (Elger/Smith, p. 9). En efecto, lejos de traer un método maravillosamente ilustrado, cuando llegaron a Gran Bretaña las firmas japonesas buscaron deliberadamente regiones de alto nivel de desempleo con culturas de trabajo que no pusieran trabas a su afán de lograr una mayor productividad. En Brasil, se pusieron en práctica las nuevas técnicas de gerencia «japonesas», aunque de manera gradual y sólo en áreas de poca organización sindical. Además, esto no representa una actitud gerencial ilustrada, sino simplemente el puntal de la competencia internacional, y ha llevado a la intensificación del trabajo y de la disciplina de la fuerza laboral (Humphrey).

Para los empleadores, la nueva era «posfordista» ha significado, por encima de todo, una nueva manera de abordar las relaciones industriales con base en la «flexibilidad». Hacia mediados de los 80, según Regini (p. 7), «los empleadores se interesaron menos por los modelos de relaciones industriales diseñados para afrontar soluciones y problemas agregados». La propia fuerza laboral se tornó más diferenciada y, por consiguiente, las demandas y el interés de los trabajadores parecían menos receptivos a un enfoque colectivista. Por su parte, la gerencia empezó a concentrarse con más decisión en la flexibilidad laboral. Los días de las contrataciones colectivas centralizadas parecían contados. Los sindicatos ya se habían visto debilitados por la transformación política y económica de los 70, y los empleadores trataron de traducir esto en un cambio decisivo del equilibrio de fuerzas puesto en juego en el lugar de trabajo, todo ello bajo el lema de «flexibilidad» laboral. Por supuesto que la flexibilidad del trabajo adopta muchas formas diferentes. Según la OCDE (cit. en Van Dijk, p. 229) son cinco las formas principales: a) flexibilidad numérica externa, los empleadores deciden cuántos empleados desean en un momento determinado; b) externalización, diversas formas de subcontratación o de poner a alguien fuera del contrato laboral; e) flexibilidad numérica interna, turnos y

horas laborales, etc., decididos según las necesidades de los empleadores; d) flexibilidad funcional, asignación de tareas y rotación según las necesidades, de los empleadores; e) flexibilidad salarial, los salarios se ajustan según el «rendimiento» y la productividad.

Todas estas como un conjunto de medidas que el capital toma con el objeto de mantener el sometimiento del sector laboral. Si ambos, el contrato de trabajo y el rendimiento laboral, tenían que volverse más «flexibles», las organizaciones tradicionales como los sindicatos habrían necesitado ser marginadas. En algunos casos se automarginaron librando la batalla contra el capital en un viejo campo que ya había cambiado.

Junto con la desregulación y la propuesta de una «especialización flexible», avanzaba la feminización decisiva de la fuerza laboral. La imagen tradicional del trabajador de manual, de sexo masculino, seguía existiendo sólo en los estandartes de los sindicatos. Aunque estuviera relacionada con la mayor flexibilización del mercado laboral antes citada, la creciente participación de las mujeres no es un mero reflejo de esa tendencia. Es preciso tomar en cuenta más bien la naturaleza global de las relaciones de género en un país o región dados. Las mujeres son ahora más que una «reserva de mano de obra» que entra en el mercado laboral y sale de él según la demanda, Por el contrario, constituyen un componente permanente del paisaje laboral. Son ellas las que en los sindicatos y en las organizaciones de mujeres más grandes han ayudado, de manera muy especial, a cambiar la agenda de muchos sindicatos durante la década de los 80. Temas tales como el otrora sacrosanto «salario familiar» (masculino) están ahora sobre el tapete y la forma «machista» de manejar el conflicto industrial dejó de ser «la única carta a la mano» en los círculos laborales.

Como lo apuntara la OIT, «en las últimas décadas se ha asistido a la incorporación masiva de las mujeres a la fuerza laboral remunerada de muchos países del mundo, fenómeno acompañado de un cambio societal fundamental, sin precedentes en términos de envergadura y velocidad» (p. 3). Sin embargo, este proceso es desigual en muchos aspectos, ya que en 1990 más de la mitad de las 828 millones de mujeres que tenían un empleo remunerado a nivel mundial trabajaban en Asia (35% en el Este asiático). Es más, las mujeres están concentradas en la llamada fuerza laboral de «contingencia», realizando trabajos temporales y a medio tiempo. Las trabajadoras suelen tener contratos precarios y estar sujetas a condiciones de trabajo atroces. Las mujeres constituyen más del 80% del total de personas que trabajan en el hogar y, aunque su jornada laboral es larga y riesgosa, la recompensa que reciben es poca cosa. Por añadidura, las prácticas laborales flexibles y la orientación hacia las políticas económicas de ajuste estructural tienden a echar por tierra cualquier conquista laboral lograda por las mujeres en las últimas décadas.

Por último, lo que aconteció en los 80 fue una decisiva internacionalización de la producción, el consumo y la distribución, lo que en cierta forma condujo a una «globalización» de la clase trabajadora o, por lo menos, a una internacionalización de la proletarianización. Los diversos intentos por analizar la nueva, o cambiante, división internacional del trabajo en la década de los 70 apuntaron claramente hacia un aumento de la proporción de población global que dependía de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado. También se produjo una interconexión creciente entre las economías nacionales y una toma de conciencia cada vez mayor acerca de que el futuro del trabajo depende de los procesos que se desarrollan más allá de las fronteras nacionales (de Belonger/Edwards/Haiven). La globalización de la producción industrial y la creciente integración de los trabajadores del Tercer Mundo, sobre todo de las mujeres, en el sistema productivo internacional está teniendo repercusiones continuas y extendidas. Los trabajadores de las «fábricas del mercado mundial» son más que un mero componente pasivo de un ejército global de mano de obra de reserva. Al igual que las mujeres, los trabajadores del Tercer Mundo, otrora excluidos y marginados a la periferia, están desempeñando ahora un papel clave en la revitalización de las estrategias del modelo occidental tradicional de sindicalismo. Trátase de Brasil, Filipinas o Sudáfrica, es siempre esta «nueva» clase trabajadora la que está ayudando a dar respuestas adecuadas a los dilemas planteados por el capitalismo global en los 90.

En 1992, según las Naciones Unidas, había cerca de 37.000 compañías transnacionales con unas 200.000 filiales en el extranjero que empleaban a 29 millones de personas aproximadamente fuera de su nación base, 17 millones en las sociedades industriales avanzadas y 12 millones en los llamados países en vías de desarrollo (Simai, p. 237). Estas compañías gigantes se están expandiendo. Desde 1983, las inversiones directas extranjeras han aumentado cinco veces más que el comercio mundial y diez veces más que la producción mundial (*The Economist*, 24/6/95). No obstante, estas compañías son sólo una parte de la tendencia general hacia la internacionalización y la integración general con el mercado capitalista mundial. El efecto sobre los trabajadores es enorme: mientras que a mediados de los 70 cerca de dos tercios de la fuerza laboral mundial vivía en países apenas vinculados a los mercados internacionales (debido al proteccionismo o la planificación central), para el año 2000 menos de una décima parte de los trabajadores estará viviendo en naciones parcialmente desvinculadas del mercado mundial (Banco Mundial, p. 60). En ese proceso de adaptación y reconstrucción del mercado laboral mundial, más de la mitad de los dos millardos y medio de trabajadores del planeta llevarán todo el peso que implica la transición a una economía mundial abierta.

### Nuevas teorías

Frente a la incertidumbre, la variabilidad e incluso el caos, no sorprende que los sectores del trabajo y las tradiciones socialistas se hayan volcado hacia nuevas

teorías para idear una manera de salir adelante. Para algunos (p. ej., Jameson), la ola posmodernista no es sino la lógica cultural de un capitalismo tardío pasado de época. De hecho, puede verse como el lujo que se da un orden dominante que, seguro de su propia posición, ahora desea negarles a las mujeres y a los pueblos poscoloniales sus esfuerzos por afirmar una subjetividad perdida asestándoles un manotazo que le pone el «punto final al asunto». Por más tentador que pueda ser este desprecio, en realidad no es de ayuda para el análisis de los retos y dilemas del siglo XXI. El enfoque posmoderno (o, para ser más precisos, post-estructuralista) invita a rechazar los esquemas interpretativos amplios o las metanarrativas de Marx y los iconos obrero/socialistas que tratan de mostrar la «verdad» de cómo se conecta todo lo que está bajo el sol y porqué las cosas son como son (Kumar). En lugar de dirigirse a un recuento «totalizante», se orienta a una «deconstrucción» de narrativas y una comprensión de la contingencia radical de estructuras y eventos.

Si los tradicionales proyectos socialista-proletarios relativos a la transformación están ahora en crisis, tal vez sería preciso volver la cara hacia los «nuevos» movimientos sociales y sus políticas asociadas de reconstrucción. Estos movimientos contrastaban con los «viejos» movimientos obreros o nacionalistas, que comprenden los movimientos de las mujeres, pacifistas y por los derechos humanos, así como también, en algunas concepciones, una diversidad de asociaciones regionales, locales y comunitarias. Son vistos como representantes de una forma cualitativamente diferente de transformación política y de un nuevo paradigma social en estado embrionario. Estos movimientos subrayan su autonomía respecto de la política partidista y le dan prioridad a la sociedad civil por encima del Estado. En la política de los movimientos sociales, el propio poder es redefinido, siendo concebido ya no como algo que está allí listo para ser alcanzado, sino como un tejido plural y repartido dentro de la trama social. Consecuentemente, estos movimientos sociales habrían ayudado a crear un nuevo espacio político con nuevas identidades, donde se han articulado nuevas demandas y ha perdido gran parte de su significado la línea divisoria entre lo público y lo privado. Se redefine la verdadera noción del poder, se exponen los límites de la política de Estado y se lanza un reto a la atomización y alienación características del capitalismo contemporáneo.

El mismo conjunto de principios teóricos que explican las estrategias y la naturaleza de los «nuevos» movimientos sociales puede encontrarse en el trabajo de Laclau y Mouffe, entre otros. Este trabajo contribuye a explicar la naturaleza abierta y fortuita de las identidades y luchas políticas. Contra el estatus privilegiado de los trabajadores en el discurso tradicional obrerista-socialista, estos autores examinan la naturaleza plural de la sociedad y la autonomía de los diversos grupos oprimidos. Según ellos, una propuesta política radical debería abandonar la restringida lógica productivista y adoptar una estrategia más amplia que apunte a la articulación de las nuevas

identidades políticas democráticas en toda la sociedad. La sociedad es vista como algo abierto, inestable y accidental, constituido discursivamente a través de un proceso de articulación y negociación. Una vez abandonada la idea tradicional de la clase trabajadora como rasgo central unificador de las estrategias socialistas, las puertas se abren de par en par a una nueva política democrática radical más acorde con las necesidades de finales del siglo XX. Esta política más plural implica un compromiso con las múltiples identidades y con diversas luchas de los nuevos movimientos sociales.

Los críticos han acusado a Laclau y Mouffe de ver la historia y la sociedad como algo totalmente aleatorio; por cuestionar la causalidad, se considera que caen en la indeterminación. Su concepción política ha sido vista como una fantasía anarco-voluntarista, en la que cada eslabón de la cadena política es igualmente débil y susceptible de ruptura. Laclau y Mouffe también han sido acusados de tener un sesgo eurocéntrico postindustrial (Escobar p. 39). La proclamación de una democracia pluralista radical parece estar restringida a las «sociedades en que la revolución democrática ha cruzado cierto umbral» (Laclau/Mouffe, p. 166), es decir a los países «avanzados». Así pues, la multiplicidad de antagonismos e identidades del Tercer Mundo en apariencia está destinada a una revolución nacional-popular, de nivel inferior. En una crítica general, Best/Kellner (p. 281) alegan que «su teoría del discurso carece del análisis concreto de los nuevos movimientos sociales que defienden». No obstante, este enfoque ha tenido un eco considerable entre los intelectuales de los nuevos movimientos sociales, ignorados por los teóricos del trabajo.

En términos de una teoría de primer orden que se proponga explorar el papel del trabajo en el actual periodo, es preciso centrarse en el «Posfordismo». En la era fordista, se asistió a la transformación en mercancía de todas las áreas de la vida. La producción en serie iba de la mano del consumo masivo. En algún momento de la década de los 70, este sistema social y forma de vida conocido como fordismo, entró en crisis. En su lugar, se ha identificado un posfordismo al que se lo considera orientado por el consumo y no por la producción; estaría basado en nichos de mercado y no en un mercado masivo. En el ámbito de la producción, el posfordismo ha llevado al surgimiento del enfoque de «especialización flexible» mencionado anteriormente. Nuevos métodos de producción asistida por computadora y tecnologías sofisticadas han hecho posible que se idearan nuevos manejos de inventarios, lo que ayudó a la delantera mundial de la industria japonesa. El ejército de cuidadores semicalificados de máquinas, típico de la planta automotriz moderna, le abre el paso a una fuerza laboral más pequeña, diversa y con múltiples destrezas, que participa en el proceso laboral a través de grupos. Se le han hecho muchas críticas al concepto de posfordismo (v. Amin), pero una de las principales es la de que, como su antecesor, se aplica como si fuera una manta a una diversidad de situaciones. En particular, se le puede cuestionar la forma de acercarse a la mayoría de los trabajadores del mundo que viven en el llamado Tercer Mundo, a pesar del intento por elaborar un concepto de «fordismo periférico» (Lipietz).

También, esta escuela de análisis tiende a adoptar a veces una óptica nacional restringida, dejando de lado la relación existente entre economías nacionales y los procesos de internacionalización. Aunque sea necesario tener en mente el análisis llevado a cabo sobre el posfordismo y el enfoque conexo relativo al «capitalismo desorganizado», es posible que no se desee que éstos se transformen en las nuevas narrativas maestras tan debilitadas como las viejas.

El posfordismo es un concepto variable y mal definido, independientemente de lo sugerente que puedan ser algunos de los análisis de sus formas. Como sucede con el concepto de globalización, las tendencias se han confundido con un nuevo modo de regulación social. Un régimen flexible de acumulación puede ser una característica común de las sociedades industriales avanzadas, pero apenas afecta más que a unos cuantos sectores del denominado Tercer Mundo. El colapso del fordismo y el aparentemente fatal debilitamiento de la regulación social keynesiana no conducen necesariamente a algo llamado posfordismo. Así como tampoco el advenimiento del neoliberalismo se presenta como la marea indetenible de hace una década, al haber aparecido con crudeza sus contradicciones e imperfecciones. Parece que los sistemas de producción flexibles y la fe en el mercado no son muy adecuados para resolver la actual dislocación social masiva, reproducida bajo el capitalismo global. Haciendo referencia a la inestabilidad sistémica global, Tickleil y Peck (p. 359) señalan que «las 'soluciones' posfordistas viables a escala nacional o local, ... no se estabilizarán hasta que no se encuentre un nuevo arreglo institucional a escala global». El trabajo tendrá que intervenir en este proceso forzosamente.

Con una frase impactante, Lash y Urry se refieren al 'final del capitalismo organizado'. Las economías nacionales están perdiendo el control a medida que los flujos financieros internacionales asumen mayor importancia. Las compañías transnacionales provocan una fragmentación creciente del proceso de producción. Como se sabe, la clase trabajadora está aferrada a un arreglo cultural y espacial que ya no existe. Para estos autores (p. 312), «el mundo de un capitalismo desorganizado es aquel en el que se ha arrasado con las relaciones fijas y profundamente congeladas del capitalismo organizado. Las sociedades se están transformando desde arriba, desde abajo y desde adentro. Todo lo que es sólido en relación con el capitalismo organizado, las clases, la industria, las ciudades, la colectividad, el Estado-nación, incluso el mundo, se disuelve en el aire». No puede subestimarse la fragmentación de las comunidades y de las culturas de la clase trabajadora que ha acarreado este proceso. La clase trabajadora homogénea y masiva de la era fordista ha sido reemplazada por una fuerza laboral medular que es flexible en términos de destrezas y una fuerza laboral periférica que es flexible en términos de tiempo (Jessop et al., p. 109). En este contexto, no surgirá una política progresista reconstituida volviendo al pasado, sino reconociendo la transformación que se ha registrado e interviniendo audazmente en ella.

El concepto de globalización ha «arrancado» en los últimos años, derivando en una literatura voluminosa y multifacética. Ha ido mucho más allá de la academia para transformarse en tema corriente en los medios internacionales y los círculos comerciales. Hirst y Thompson, en un análisis de los valores reales de la globalización concluyen que «un efecto del concepto de globalización ha sido el haber Paralizado las estrategias nacionales de reformas radicales y el haberlas visto como irrealizables frente al juicio y las sanciones de los mercados internacionales» (p. 1). En efecto, se ha dado un salto muy grande de la internacionalización de la producción a la postulación de una globalización real. Es mucho el mito creado alrededor de las compañías trasnacionales ignorando los puntos débiles verdaderamente reales, los dilemas y las vulnerabilidades de estas organizaciones (Ramsey, p. 1). En la realidad, las famosas «multinacionales» detentan, en general, una base nacional clara y están sujetas a las leyes de su país. Lo cierto es que últimamente se le ha prestado mucha atención (v. Dicken et al.) a la «incrustación» local de las compañías trasnacionales, no porque esto haga de ellas agentes dinámicos del desarrollo, por supuesto, sino porque sí se opone a la imagen «desembarazada» de estas organizaciones. Según los más recientes datos, estas compañías «no se están volviendo capital global sin trabas ni obligaciones» (Hirst/Thompson, p. 17). *The Economist* llega incluso a argumentar que «la globalización puso al descubierto los puntos débiles de las multinacionales. La desregulación y el menor número de barreras comerciales han reducido el valor de sus relaciones cuidadosamente cultivadas con los gobiernos...» (p. 6). Las trasnacionales no son una especie indiferenciada y tampoco invulnerables a la fuerza laboral; quizá sea más fructífero, en relación con el fenómeno de la globalización, concebirlo en términos de «la relación existente entre la internacionalización del Estado y la imposición de nuevas formas de disciplina laboral» (Burnham, p. 4). El Estado y el mercado deberían verse como formas distintas de las relaciones sociales capitalistas de producción. Como señala Burnham (p. 3), «una nueva agenda de investigación para los estudios laborales en la década de los 90 tendrá que ilustrar cómo los cambios que ha experimentado la forma del Estado, lo que puede denominarse internacionalización del Estado, se emplean para reestructurar las relaciones trabajo/capital».

### Nuevas estrategias

La interrogante es si las «nuevas teorías» sobre los «nuevos tiempos» proporcionan una estrategia progresista nueva y viable para que los sectores del trabajo avancen hacia el siglo XXI. Parece conveniente empezar a responder con una aseveración de Hyman (p. 113): «más que una crisis del sindicalismo, lo que ha ocurrido es la crisis de un tipo de sindicalismo específico, de bases sumamente limitadas». En efecto, el tipo de sindicalismo con orientación nacional y basado en un proceso de fabricación manual masculino está en crisis por los motivos antes citados. Sin embargo, son varios los intereses, las

voces y las experiencias que se están destacando ahora y que señalan alternativas posibles para el siglo XXI.

A veces hay una contraposición absoluta entre el «viejo» movimiento laboral y los «nuevos» movimientos sociales en torno al género, la raza, los temas ecológicos o la paz. Scott ha resumido de una manera útil las diferencias que, se supone, existen en términos de ubicación, objetivos, organización y medios de acción entre el movimiento de los trabajadores y los nuevos movimientos sociales, respectivamente. Mientras que las luchas de la fuerza laboral se han ubicado cada vez más en el sistema político, suele suponerse que los nuevos movimientos sociales actúan dentro de la sociedad civil. En lo que respecta a los objetivos de los sindicatos, con frecuencia éstos se han centrado en el logro de derechos económicos para los trabajadores y en la integración política de los sectores obreros dentro del sistema dominante. En cambio, los nuevos movimientos sociales hacen hincapié en la autonomía de la sociedad civil ya menudo buscan cambiar los valores sociales o estilos de vida. El modo de organización obrera ha sido tradicionalmente formal y ha adoptado un aspecto jerárquico (la famosa «ley de hierro de la oligarquía» de Michels). Por su parte, los nuevos movimientos sociales tienden, por lo menos durante sus inicios y, de cualquier manera, en teoría, a establecer organizaciones tipo redes y/o de base. Por último, mientras el movimiento de los trabajadores ha subrayado por lo general la movilización política, los nuevos movimientos sociales a menudo han recurrido con frecuencia a la acción directa y/o a intentos temerarios de innovaciones culturales (así lo muestra por ejemplo la forma de operar de Greenpeace). O sea, dos tipos de ideales no siempre reflejados en la práctica. No obstante, en esta visión general se puede ver, aunque mitigado por los contraejemplos empíricos, el reto que les plantean los nuevos movimientos sociales a los viejos, o por lo menos tradicionales, movimientos laborales.

La impresión es que es necesario tomar en serio la advertencia de Allen Hunter (1994, p. 6) según la cual «la dura contraposición que se hace entre vieja política (mala) y nuevos movimientos, sociales (buenos) es autoengañososa, conduce a falsas interpretaciones y puede inhibir el tipo de interrogación crítica de las perspectivas actuales en pro del cambio radical que se requiere». En cierto sentido, el movimiento laboral internacional ha explorado en las últimas décadas formas de acción innovadoras. Desde el «sindicalismo de movimiento social» de Brasil, Sudáfrica y Filipinas al «nuevo realismo» de Europa occidental y otros países, la fuerza laboral ha estado buscando salidas al aparente cuello de botella en el que se encuentran los viejos modos de organización, tácticas e incluso objetivos. Los líderes sindicales, así como los propios trabajadores, se dan cada vez más cuenta de que los sindicatos ya no son «representativos» a la usanza de antes. El discurso sindical contemporáneo está bien sintonizado con la necesidad de ir más allá de la demanda tradicional de «más y más» para abordar el tema de la calidad de vida de los trabajadores de hoy.

Cabe notar, siguiendo lo que dice Regini (p. 102), que «algunos sindicatos han emprendido la búsqueda de nuevas respuestas, menos a la defensiva ante los desafíos actuales...». La heterogeneidad creciente de la fuerza laboral y el creciente impacto de la «especialización flexible» pueden verse, y se han visto, como una oportunidad, aun cuando son una restricción para las estrategias tradicionales. Como en oposición a una clase trabajadora homogénea se dispone ahora de una fuerza laboral heterogénea, los líderes sindicales se atreven menos a hablar «en nombre» de una clase trabajadora mítica, más bien son diversas las identidades que encuentran sus propias voces y articulan sus propias estrategias. La representación de los intereses en un simple modelo uno a uno le abre el paso al pluralismo de la política de identidad. En cuanto a la «especialización flexible», existe ahora la posibilidad, como lo apunta Regini (p. 106), de que para los trabajadores «flexibilidad signifique ver su tiempo de trabajo y su rendimiento laboral menos estandarizados, rígidos y uniformes».

### Vino nuevo en botellas viejas

Al observar por encima la fuerza laboral mundial, todavía se nota que los sindicatos son la forma dominante de organización, a pesar de sus diversas manifestaciones y diferentes matices políticos. Así pues, cabe preguntarse si el «nuevo vino» del que se habla antes puede entrar en las «botellas viejas» de la forma de organización sindical. Para Touraine (p. 153), la historia sindical adopta una forma orgánica o biológica: «Movimientos tales como el sindicalismo experimentan un proceso vital: infancia, juventud, madurez, vejez y muerte». Aunque no sin criticar su aplicación, Touraine trabaja con un modelo cronológico: a) sindicalismo comercial o con énfasis en objetivos puramente económicos; b) una fase de conciencia de clase más radical; c) una vuelta hacia las negociaciones económicas o políticas basadas en el éxito; y d) una fase de actual defensiva basada en la crisis de la industrialización y la clase trabajadora tradicional. Hay algo fundamentalmente defectuoso en dicho esquema evolucionista independientemente de los matices que se añadan. Al igual que el capitalismo, que puede experimentar mutaciones, regeneración y transformación, el sindicalismo es capaz de tener muchas más vidas antes de ser declarado muerto.

En el pasado, la fuerza laboral ha sido desechada por obsoleta; esto no es la primera vez que sucede en la historia. Parece incluso que existe un elemento cíclico de regeneración y degeneración en las historias de los movimientos laborales. Es preciso entender mejor la relación que existe entre pasado y futuro. En primer lugar, es menester combatir la sensación de que las cosas ahora son malas en comparación con un pasado heroico mítificado. La idea del movimiento laboral que se dispersa hoy debido a la desagregación de la clase trabajadora es contrapuesta, como lo manifiesta Hyman (p. 159), a «una edad de oro en la que los trabajadores eran espontáneamente colectivistas y las organizaciones laborales cerraban filas detrás de un proyecto de unificación de clases». Sin embargo, en la práctica, la solidaridad siempre se ha construido,

no es algo que ocurre naturalmente, si es que acaso la atomización, la división y el conflicto son «naturales». El segundo punto que debe plantearse es analizado con claridad por Hunter (p. 11) para quien «un rasgo autoengañoso de la actual celebración de la política posrevolucionaria es la opinión de que el rechazo de las prácticas pasadas y la proclamación de la fidelidad a los nuevos valores bastan para evitar problemas similares a los enfrentados en las luchas políticas pasadas». Sólo a manera de ejemplo, el peligro de la deformación burocrática es tan relevante para los «nuevos» movimientos sociales como lo fue para los «viejos» movimientos laborales.

No puede hacerse un balance sencillo o unilateral acerca del estado del sindicalismo internacional. Para Thomas (p. 235), «el hallazgo que se destaca es la pérdida del poder en términos económicos, sociales y políticos sufrida por el movimiento sindical durante las últimas décadas». Sin lugar a dudas, esto capta parte del cuadro, pero no todo, como lo ilustran ampliamente esta introducción y los textos que siguen. Es preciso desembalar el concepto de «movimiento laboral». Resulta mucho más fácil coincidir con Piven (p. 19) en que «incluso los tiempos económicamente duros y la confusión conservadora no llevan a pensar que sea probable un renacimiento de la política laboral como la que se conoció una vez». En efecto, los partidos laboristas pueden ganar elecciones tornándose «sin clase» u orientándose pragmáticamente hacia la política de identidad del género y la ecología. No obstante, la clásica coalición partido laboral/ sindicato en una plataforma keynesiana parece realmente obsoleta. Mas no se debe olvidar (cf. Arrighi/Hopkins/Wallerstein) que la desaparición del proyecto socialdemócrata puede obedecer en parte a su propio éxito al alcanzar sus objetivos fundamentales en la era de la posguerra.

También es preciso recordar que los sindicatos y la clase trabajadora de manera más general fueron los principales impulsores de las políticas democráticas en el globo (cf. Rueschemeyer et al.). Los sindicatos siguen siendo una de las voces más importantes para la promoción de la ampliación del Estado benefactor; en todo el planeta se están adaptando a la nueva situación, aunque de manera no uniforme y con grandes desfases temporales. Este nuevo sindicalismo, como describe Godio (p. 165) para América Latina, no puede deshacerse sin más ni más de las anteriores tradiciones sindicales, sino que más bien las integra con el nuevo contenido organizativo y político para que se adecúen a la nueva matriz sociopolítica. También es necesario mantener cierta tensión entre el desarrollo de la nueva política de identidad y la aspiración «tradicional» de la izquierda por hablar en nombre del pueblo como un todo y por adelantar soluciones generales para la crisis (cf. Hobsbawm). Por último, en la falsa polarización entre un «realismo» que significa retirada y un «utopismo» que significa inmovilidad, siempre ha habido un proyecto transformador reformista-revolucionario con aspectos diversos (cf. Gorz, 1968; Kagarlitsky) que se ha desplegado en numerosas situaciones, por ejemplo en la nueva Sudáfrica.

Por encima de su forma de organización y su orientación política específicas, los sindicatos existen como un medio de representación colectiva de los trabajadores. En realidad, son viejas botellas, pero la pregunta que surge es si el «vino nuevo» puede ser vertido en ellas. Se han mencionado las diferencias entre los movimientos sociales nuevos y viejos. Muchas de ellas parecen ser producto de los entornos específicos y de la etapa inicial de estos movimientos antisistémicos. En toda la historia del sindicalismo ha existido una tensión entre realismo de los asuntos cotidianos y utopismo de la «tierra prometida», en la que cesaría la explotación. Aunque el utopismo necesite ser mitigado por el realismo, la naturaleza contestataria del sindicalismo como movimiento antisistémico necesita extenderse a los propios sindicatos. Los sindicatos de todo el mundo encaran muchos problemas en la actualidad. Muller-Jentsch (p. 177) ha ubicado tres ejes principales: a) una crisis de agregación de intereses, debido a la diferenciación de la fuerza laboral y a las tendencias hacia la «flexibilidad»; b) una crisis de la lealtad de los trabajadores para con su sindicato, debido al fuerte ataque ideológico de los empleadores y la nueva derecha; y c) una crisis de la representación del sindicato, debido a su dificultad para organizar los nuevos sectores de alta tecnología, lo cual tendrá que ser enfrentado con imaginación si ha de ser vertido el «nuevo vino» en los sindicatos.

Los sindicatos siempre han tenido una mezcla de actitudes utópicas (simbólicas a veces) y prácticas hacia el internacionalismo. La globalización puede ser un arma importante para el capital internacional, aunque también le abre nuevas posibilidades a la fuerza laboral. Las diversas organizaciones sociales y políticas del mundo entero analizan cada vez más los mecanismos por medio de los cuales es posible moverse hacia una economía global mixta, una internacionalización del concepto del Estado benefactor y un orden democrático internacional en el que todos los países puedan participar por igual en el nuevo proceso global de toma de decisiones (cf. Held).

La fuerza laboral actual, junto con el resto de la sociedad, enfrenta el reto del desarrollo sostenible. Las autoras feministas (Mellor; o Mies/Shiva) se han dedicado por algún tiempo a la concepción de un «ecofeminismo» que desarrolla la «afinidad electiva» entre mujeres y naturaleza. Si bien es cierto que los peligros del esencialismo son obvios (Molyneux/Steinberg), en este caso por lo menos hay cierta efectividad política. Por otra parte, son muchas las contradicciones que surgen para el movimiento laboral cuando éste se compromete con la ecología. La fuerza obrera se ha disociado históricamente del producto de su trabajo y se ha ubicado erróneamente al definir los riesgos ecológicos. Es más, aunque los empleadores puedan cambiar productos con relativa facilidad, la amenaza de la destrucción ecológica parece fragmentar más a los exiguos integrantes de las clases trabajadoras como consumidores o ciudadanos en contra de los trabajadores como hacedores de productos ecológicamente sospechosos. No obstante, lo más positivo es que se han visto ciertos movimientos serios a nivel internacional para vincular los temas de las

transformaciones «posfordistas» a los de ecología y democracia en busca de un nuevo orden económico (v. Lipietz, 1992).

Es la visión feminista la que está ofreciendo nuevas perspectivas para los sindicatos a escala mundial. La reflexión feminista en materia laboral y la organización de las mujeres trabajadoras han dado lugar a nuevos problemas y nuevas visiones, y ello podría contribuir a revitalizar las perspectivas de la fuerza laboral. Por último, el Congreso de la CIO de 1996 asistió al lanzamiento del web de internet del cuerpo sindical internacional (<http://www.icftu.org>). Una vez más, se está ante un reconocimiento (tardío) de temas radicales, pero esto es apenas el comienzo de una nueva red electrónica de comunicaciones en materia laboral internacional. Como lo señalara un delegado africano, Internet tiene poco sentido para las organizaciones laborales que todavía usan máquinas de escribir. Pareciera que, en la práctica, a pesar de que las organizaciones laborales internacionales oficiales estén haciendo algo acertado, aún no constituyen el foro principal para la organización y el fortalecimiento genuinos y democráticos de la fuerza laboral.

## Referencias

- Amin, A. (ed.): *Post Fordism - A Reader*, Blackwell, Oxford, 1994.
- Aronowitz, S. y W. Di Fazio: *Jobless Future*, University of Minnesota Press, Minnesota, 1994.
- Arrighi, G., T. Hopkins e I. Wallerstein: *Antisystemic Movements*, Verso, Londres, 1989.
- Best, S. y D. Kellner: *Postmodern Theory: Critical Interrogations*, Macmillan, Houndmills, 1991.
- Burnham, P.: «The internationalisation of the state: a new agenda for researching the regulation of labour» en *ESRC Labour Studies Conference*, Universidad de Warwick, 17-18/5/1996.
- Dicken, P., M. Forsgren y A. Malniberg: «The Local Embeddedness of Transnational Corporations» en A. Amin y N. Thrift (eds.): *Globalization, Institutions and Regional Development in Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1994.
- Elger, T. y C. Shmith: «Introduction» en T. Elger y C. Smith (eds.): *Global Japanization? The Transnational Transformation of the Labour Process*, Routledge, Londres, 1994.
- Escobar, A.: «Imagining a Post-Development Era? Critical Thought, Development and Social Movements» en *Social Text* N° 31/32, 1992.
- Godio, J.: *Los sindicatos en las economías de mercado de América Latina*, FESCOL, Colombia, 1993.
- Gorz, A.: «Reform and Revolution» en *The Socialist Register*, Merlin Press, Londres, 1968.
- Held, D.: *Democracy and the Global Order, From the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Polity Press, Cambridge, 1995.
- Hirst, P. y G. Thompson: *Globalization in Question. The International Economy and the Possibility of Governance*, Polity Press, Cambridge, 1996.
- Hobsbawm, E.: «Identity Politics and the Left» en *New Left Review* N° 217, 5-6/1996.
- Humphrey, J.: «'Japanese' Methods and the Changing Position of Direct Production Workers: Evidence from Brazil» en T. Elger y C. Shmith (eds.): *Global Japanization? The Transnational Transformation of The Labour Process*, Routledge, Londres, 1994.
- Hyman, R.: «Changing Trade Union Identities and Strategies» en R. Hyman y A. Ferner (eds.): *New Frontiers in European Industrial Relations*, Blackwell, Oxford, 1994.
- Jameson, F.: *Postmodernism or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Verso, Londres, 1992.
- Jessop, B., K. Bonnett, S. Bromley y T. Ling: «Popular Capitalism, Flexible Accumulation and Left Strategy» en *New Left Review* N° 165, 1987.
- Kagarlitsky, B.: *The Dialectic of Change*, Verso, Londres, 1990.

- Kenney, M. y R. Florida: *Beyond Mass Production: The Japanese System and its Transfer to the US*, Oxford University Press, Oxford, 1993.
- Kumar, K.: *From Post-Industrial to Post-Modern Society. New Theories of the Contemporary World*, Blackwell, Oxford, 1995.
- Laclau, E. y C. Mouffe: *Hegemony and Socialist Strategy Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 1985.
- Lash, S. y J. Urry: *The End o Organized Capitalism*, Polity Press, Cambridge, 1987.
- Lipietz, A.: *Mirages and Miracles. The Crisis of Global Fordism*, Verso, Londres, 1988 .
- Lipietz, A.: *Towards a New Economic Order. Postfordism, Ecology and Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1989.
- Mellor, M.: *Breaking the Boundaries*, Virago, Londres, 1992.
- Mies, M. y V. Shiva: *Ecofeminism*, Zed Books, Londres, 1993.
- Molyneux, M. y D. L. Stenberg: «Mies and Shiva's Ecoferninisim: A New Testament?» en *Feminist Review* Vol. 49, 1995.
- Muller-Jentsch, W.: «Industrial Relations Theory and Trade Union Strategy» en *International Journal of Comparative Labour Law and Industrial Relations* Vol. 19 N° 3, 1988.
- Piven, F. F.: «The Decline of Labor Parties: An Overview» en F. F. Piven (ed.): *Labor Parties in Postindustrial Societies*, Polity Press, Cambridge, 1991.
- Regini, M.: «Introduction: The Past and Future of Social Studies of Labor Movements» en M. Regini (ed.): *The Future o Labor Movements*, Sage, Londres, 1992.
- Rifkin, J.: *The End of Work. The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Pumam Book, Nueva York, 1995.
- Scott, A.: *Ideology and the New Social Movements*, Unwin, Londres, 199 1.
- Simai, M.: «Employment and the Internationalizaton of the Labour Markets» en M. Simai (ed.): *Global Employment. An International Investigation into the Future of Work*, Zed Books, Londres, 1995.
- The Economist: «A Survey of Multinationals», 24/6/1995.
- Thomas, H.: *Globalization and Third World Trade Unions. The Challenge of Rapid Economic Change*, Zed Books, Londres, 1995.
- Tickell, A. y J. Peck: «Social regulation after Fordism: regulation theory, new-liberalism and the global-local nexus» en *Economy and Society* Vol. 24 N° 3, 1995.
- Touraine, A.: «Unionism as a Social Movement» en S. M. Lipset (ed.): *Unions in Transition. Entering the Second Century*, ICS Press, California, 1988.
- Van Dijk, M.R.: «The Intemationalization of the Labour Market» en M. Simai (ed.): *Global Employment. An International Investigation into the Future of Work*, Zed Books, Londres, 1995.
- Williams, K., T. Cufler, J. Williams y C. Haslam: «The End of Mass Production?» en *Economy and Sociely* Vol. 16 N° 3, 1987.